

Devocional, domingo 24 de diciembre del 2017

“Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada” (Lucas 2. 7).

El plan de Dios fue enviar a su Hijo a la tierra de una forma que, al parecer, nadie se lo imaginaba. Vino a la Tierra como un frágil bebé, dependiente, indefenso. Y se sometió a la enseñanza de sus padres terrenales para aprender, mientras crecía y se desarrollaba, tal como lo indica el evangelio de Lucas 2. 52 ***“Jesús siguió creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente”***. El Hijo de Dios era parte de una familia terrenal.

Dios enviaba a Jesús, su único hijo, a vivir nuestras propias vidas, a disfrutar nuestras alegrías, sufrir nuestras penas y enfrentar la lucha diaria. Como lo dicen las Escrituras, vivir nuestras tentaciones, aunque sin pecar.

De una manera increíble Dios decidía encarnarse, vivir la experiencia humana, enfrentar las limitaciones de ésta, sujetarse a su fragilidad e incorporarse al desafío de aprender a obedecer. El autor de Hebreos lo expresó crudamente al escribir, ***“Aunque era Hijo, mediante el sufrimiento aprendió a obedecer”*** (He. 5. 8).

Por eso es imposible entender esta estrategia de Dios, porque atentó contra su divinidad, contra su gloria, contra su esencia misma. Como dijo Pablo en su carta a los hermanos de Filipos, ***“se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos”*** (Fil. 2. 7). Hizo exactamente todo lo contrario de lo que la naturaleza humana siempre busca hacer, buscar su gloria finita, mezquina y egoísta.

En este sentido, la mirada que hoy hacemos a éste pesebre, a éste niño, a las condiciones de su nacimiento, no puede excluir lo que significó toda su vida, su muerte y su resurrección. Aunque nació para morir cómo cualquier ser humano, su resurrección lo impulsó a la Gloria

Hermanos y hermanas queridos, acerquémonos con toda confianza a Jesús, al maravilloso Hijo de Dios, no sólo en su condición de bebé sino sabiendo todo lo que su vida significó para la humanidad. Tal como lo expresó el autor de Hebreos, ***“Por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos”*** (He. 4. 14-16)

Por eso es que el nacimiento de Jesús debe ser motivo de gran alegría y gratitud. El bendito Dios se acercó, se entregó y por ello nos entiende y nos invita a acercarnos con confianza. ¡Jesús nació! Dios nos quiere decir algo y ha enviado a Su Hijo para comenzar algo nuevo y distinto... ¡Aleluya!

Iglesia Alianza Cordillera